

En el aniversario de Cuevillas

Por JESUS TABOADA

Los años, que en la fuga de los tiempos, como diría Horacio, se suceden veloces, me hacen muy próximo el recuerdo de un cuarto de siglo atrás.

Poco más o menos por estos días recibía yo el bautismo en arqueología práctica de la mano de Florentino Cuevillas, príncipe en la amistad y en la ciencia prehistórica.

Con él recorría las onduladas tierras de Deza del orto a la oscuridad. Algunas veces, erguidos sobre el escueto horizonte de un castro, nos placía "ver la mañana despertarse sobre los montes", como en el poema de Banville, cuando aun estaban engarzadas en el mato las lágrimas de la Aurora; otras veces nos estremecíamos de emoción al contemplar, encaramados sobre las losas de un dolmen, la agonía del sol en el ocaso.

Después, sus dificultades motrices lo alejaron de los trabajos de campo, aunque no hace mucho visitamos juntos el castro de San Migán, que por entonces era objeto de nuestra excavación.

Así, como hizo conmigo, ejerció sobre otros un magisterio vivo, caliente, efusivo y en muchos casos fecundo, don Florentino Cuevillas.

Al cabo de un año de su muerte todavía no puedo creer que ya no volveré yo a escuchar sus lecciones y consejos y a gozar de su amistad, que ya no volverá él a acariciar con sus manos gruesas y sus grandes ojos castaños, la falera, el hacha o la cerámica que le llevaba; que todo esto es definitivamente añoranza, nostalgia y melancolía.

Ninguno de los que fuimos sus discípulos nos hemos recobrado aún de tan gran pérdida. Me escribía no hace mucho Bouza Brey que se le habían marchitado sus ilusiones de trabajo. Lo mismo nos ocurre a todos, porque es cierto lo que afirmaba Sánchez Cantón en el homenaje que el Instituto Padre Sarmiento dedicó a Cuevillas: la arqueología gallega ha quedado en cierto modo acéfala. Y no sólo por su saber impar, sino también por su capacidad de magisterio, siempre afable y cortés. Salvo en las creencias, tenía la comprensión y transigencia de quien contempla el impaciente ajeteo humano desde la cima de su dilatado horizonte histórico, en donde todo es fugaz y efímero.

Por eso teníamos que advertir la impresión de su honda personalidad en vida y un inmenso vacío en su desaparición. Con todo, sólo la muerte da, verdaderamente, perennidad histórica y él laboró sin tregua y la tiene merecida. Poco tiempo es un año para que alcance perspectiva exacta y resalte el dintorno de esta gran figura, pero, aunque próxima, se ha proclamado unánimemente su precocidad. Todas las revistas que nos llegan de España y del extranjero dedicadas a la Arqueología, Prehistoria, Folklore o Etnología, destacan su ingente personalidad.

Cuevillas sintetizó en un libro magnífico densas monografías anteriores sobre "La civilización céltica en Galicia", pero estudió con fecundos resultados también el Bronce y el Neoneolítico y en sus últimos años el Paleolítico en la Revista del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Además sus trabajos sobre Folklore y Etnografía prueban su sutileza investigadora, en campos afines a su especialidad. No es, pues, extraño este poderoso eco de su muerte.

Sin embargo, y con ser tan eminentes sus méritos científicos, eran mayores sus calidades humanas, y de aquí sus potentes dotes de maestro, porque quien entraba en el campo de su intimidad era desde entonces su amigo fidelísimo.

Por mi parte puedo afirmar, como en el diálogo clásico, que disfruto con el recuerdo de nuestra amistad de tal modo que creo haber sido dichoso por haber convivido con él.